GRUTA DE SAL

María Teresa Machado

GRUTA DE SAL

INDICE

Gruta de sal .
.....
... 4-5
El abrazo de un marino mercante
..... 6
Primer
sueño.....
..... 7
La Ley del deseo
..... 8-9
Una pregunta
..... 10
El penúltimo baile .....
..... 11
La estrategia perfecta
..... 12-13
Compás de espera
..... 14

El extranjero
.....
.. *15*
La conquista
.....
...
16
Certeza
.....
..... *17*
Primera luz
.....
..... *18*
Acto de Fe
.....
..... *19*
Abecedario
.....
..... *20-21*
Ofrenda
.....
..... *22-23*
El aire lleno de promesas
..... *24*

¡Oh, Mar! .....

.....

... 25

Caribe adentro

.....

26

Amar a orilla del mar ..

.....

27-28

A veces, el

mar.....

..... 29

Éxtasis I

.....

..... 30

Éxtasis II

.....

..... 31

Las nueve lunas

.....

32-34

Los hijos

.....

..... 35-36

La cocina es un lugar

..... 37-38

Noche triste
.... 39
El grito
.... 40
Estrellas en tu cuerpo que dibujan la fuga
..... 41
Desde ese lugar
..... 42
Antes del naufragio
..... 43-44
De su amor por el fuego
..... 45
Ser la propia orilla
..... 46
Noche de tango y boleros .
..... 47
Liberación .
.... 48

Insomnio
.....
..... *49*
El fin de la batalla
.....
50
Regreso a la ciudad natal
..... *51-52*
Ella al mediodía
.....
53
Despertar .
.....
..... *54*
Regreso
.....
..... *55-56*
Madre
.....
..... *57-58*
Persistencia de la Música
..... *59*
La adolescencia ante la música
..... *60-62*

Antigua luz

…… …. 63

La vejez

…… ……. 64

Llegar a Ítaca

…… 65

Vigilia

…… ……. 66

Gruta de sal

El mar dibujó su destino desde el primer momento.

Su infancia fue una ventana

prolongando su cuerpo hacia las olas.

Su pelo deletreaba la música del océano.

Su rostro era el remanso del beso

del agua a la tierra.

Su muslos eran delfines alejándose de la costa.

Sus pasos eran ligeros y cantarines

como el silbido del viento

cuando arrastra la arena.

Al desdén de las horas

su imaginación fue el espejo

desde donde miraba el mundo

más allá de los libros.

Voraz de mar, en su Cádiz natal

se acercó a los navíos.

Alguien le juró

haber visto el rostro de Dios sobre las aguas.

Se ojos se inundaron de paisajes.

Su cuerpo como un pez cruzó el puerto.

Su piel se convirtió en mapa.

Y al filo de la noche, un marino mercante

le descubrió la urgencia incurable y febril

de lo marino,

la huella imperecedera

de la gruta de sal sobre los labios.

EL ABRAZO DE UN MARINO MERCANTE

Él la abrazó y anheló anidar en su cintura.

Él la abrazó y deseó encallar en su piel

para recoger, por fin, las velas.

Él la abrazó y al acercar sus labios ansió el inconfundible olor a hogar.

Él la abrazó y recostó su cabeza en la bahía de su pecho.

Ella aspiró de su boca la nostalgia del que desea regresar.

Al mirarle supo

que él no le develaría las incógnitas

de las grutas edificadas por el mar.–

Como una vela izó su cuerpo

al viento de sus sueños.

No hubo espacio para las caricias.
Naufragaban hacia distintos puertos
y ninguno de los dos estaba a salvo.

PRIMER SUEÑO

Desde su propia mirada soñó
con lo insólito y lo hermoso de las grutas del agua.

Al despertar,
tenía entre su dedos
un nido del algas en medio de su océano.

LA LEY DEL DESEO

Alguna vez había que desobedecer al padre.

Romper su sueño perfecto

en el que la imaginaba

silente y perfecta

como la luna llena

para satisfacer a un hombre.

Alguna vez había que desobedecer al padre,

destrozar su otro sueño perfecto

en el que ella aparecía transparente

como la luz que se desliza hacia la nada,

virgen e incólume como esposa de Dios.

Desde su voz de acantilado

entregó a la marea los sueños de los otros

y el miedo cobijado ante el silencio

que acaece

en cada atardecer.

Ella había escuchado

el designio que le dictaba el mar.

Toda de azul borró a sus padres

y leyó el susurro de los sueños

que la habían sostenido desde la infancia.

Cortó el hilo de plata de su ventana.

Abrigo su cuerpo con la arena

y, hecha de tiempo y estrellas-

en el silencio

escuchó el latido de su sangre.

El deseo pronunció sus propias leyes

y ella no estuvo dispuesta a desobedecer.

UNA PREGUNTA

Nunca antes, como ahora, había escuchado su cuerpo.

Era la nostalgia de la caracola ante el sonido del mar.

Era la fortaleza y su temple resistiendo las dudas.

Era la piedra dibujada en las pupilas de sus padres.

Desde el lejano paraje

al que la cartografía de su anhelo

la había transportado

preguntaba:

¿Cuál es el destino de la espuma enterrado en cada ola?

-

EL PENÚLTIMO BAILE

Bailar fue su manera de escapar
y de ensanchar su mundo
circunferencia perfecta de los días
ante su vórtice.
Con cada paso viajaba más allá del destino
 que leían los ojos de sus padres.
Y de su piel, al bailar,
se desprendía
una estela de estrellas
temblando
al filo de las horas.
Su cuerpo era luz y el paisaje la amaba.
Por eso, el destino le concedía
cada noche,
el penúltimo baile.

LA ESTRATEGIA PERFECTA

Como un batallón armado
las monjas se presentaron ante el padre.
Este amasó su barba con gestos polisémicos
mientras un crepitar de fuego se desprendía de sus dedos.
Resistieron incólumes
la ira agazapada
que palpitaba en sus pupilas.
Las palabras fueron la munición perfecta.
Con buena puntería esgrimieron
su defensa:
la vocación de la alumna era evidente,
su voz como una alfombra
todo lo apaciguaba,
de sus manos de paloma
nacían los milagros.
Su destino, evidentemente, era curar al prójimo.
No debía impedir el ejercicio
de un don otorgado por Dios.
Sobre el tablero
quedaron expuestas todas las partidas.
No había rendición, pero el abuelo
no desconocía que

evaluado objetivamente

estudiar enfermería

era algo conveniente

ante la escasa predisposición de la hija

al séptimo sacramento.

Esto le aseguraría

una fuente de sustento.

Y por último, la prueba irrefutable:

la carne de su hija no se salvaría

si seguía bailando.

Debía estar ocupada en otros menesteres.

Cual ceniza nocturna,

arrinconó su rabia, poco a poco.

Su boca disparó el último cartucho.

El dictamen fue unánime.

No ignoraba que las manos danzarinas de su hija

estarían mejor curando heridas

que tentando a la noche.

COMPÁS DE ESPERA

Era libre al danzar y disfrutaba el vértigo,
la sensación de hallarse
al filo del tiempo,
y de los años
ligeros
como el vuelo de las gaviotas
que observaba a lo lejos.
No le preocupaba ser una isla deshabitada
o un barco buscando su puerto de destino.
No ignoraba que de su cintura emanaba una extraña luz
como un faro que llama a un náufrago.
Bailaba su compás de espera.
Hasta el día en que llegó un extranjero
que, sin saber bailar
le prometió todas las islas por nombrar.

EL EXTRANJERO

No era marinero ni marino mercante,

sin embargo, al verlo reconoció su gruta de sal

y sintió su olor como una ola arrastrándola.

Tembló.

Él venía de un mar que nunca había contemplado.

Excusa perfecta para no resistirse a su olor.

LA CONQUISTA

Sus labios le dijeron que su llegada estaba anunciada en las estrellas.
Su cuerpo de tierra le abrió paso surcando su raíz.

La perfumó y la bañó. Estaba lista para el sacrificio.
Nadie le había hablado de las corrientes marítimas alrededor de su cuerpo.

Dibujó alrededor de su cintura círculos concéntricos
Nadie le había advertido del poderoso influjo del mar
ni del olor indescifrable que nombra el deseo en voz baja.

Mirándolo a los ojos se rindió
como a un Dios antiguo y esperado
que las profecías anunciaran para redimirla.
Nadie le dijo que estaba condenada desde el primer segundo.

CERTEZA

Tenía que poner nombre a ese olor,

a ese cuerpo bañado por algún sol indescifrable.

Contemplaba el reloj del mar adivinándola.

Todo la aguardaba:

su carne, el rito, el templo, el temblor.

Y no se resistió.

PRIMERA LUZ

Se rindió al primer rayo.

El viento tenía aires huracanados

y un peligro real de tornado

antes de la redención eterna.

Era muy probable el riesgo de inundación.

El mapa del cielo anunciaba tormenta.

Pero el verdadero peligro era el derrumbe,

el colapso de un cuerpo ante otro.

Se observaron marejadas y corrientes más allá de la cordura.

No hubo sobrevivientes.

ACTO DE FE

Como el mar en su tenaz rebeldía,
no quiero repetir la historia de otro.
Mi camino no será el registro
del padre convertido en travesía.

Es mi brújula y cartografía
la mirada que viene desde adentro
honro la memoria de cada rostro,
y busco dónde anclar y ser bahía.

Absorta ante la vida de los astros
juré jamás vivir con apatía.
Hoy mezclo la ficción con biografía.

Es hora de ofrecer lo que tejía.
Es hora de abandonar este claustro
y ser estrella y luz, en este día.

ABECEDARIO

Antes de que salga el sol

beberás la inacabable ternura de las palabras,

caricias

detenidas,

espejo de la dicha

fugaz.

Gemirás

huyendo del reloj.

Interrogarás,

junto a mí las dunas

kilométricas en que buscamos,

¿locura? ¿luciérnagas?¿labios? ¿luz?

Muestras tu mano,

nido de ternura,

ñandutí que envuelve los días,

otredad que se funde,

perfecto círculo de la vida,

quimera o roce,

roce o sueño,

sueño o temblor,

temblor o urgencia,

urgencia o vértigo,

vértigo o verdad

wagneriana búsqueda,

xilema que alimenta:

yacimiento

zozobrando.

OFRENDA

Felices son los Dioses,

me dices.

La pasión no tiene la culpa

y los viñedos

se extienden más allá de su raíz de fuego.

El néctar de tu piel

disuelve los principios:

el comienzo y el fin,

la noche y el día

la oscuridad y la luz.

¿En qué instante del crepúsculo

duerme tu cuerpo infinito?

Veo cómo los hombres suplican

mientras un alud de nieve

aplaca el eco de sus palabras.

Tienen frío.

No son crueles los Dioses,

me dices.

No tienen la culpa

del error de los humanos.

Comen dulces manjares y cantan.

Tú, inacabable,

llenas el ánfora de mi cuerpo

en la noche

y, durante el día,

te extiendes

más allá de mi razón

que ahora dejo al designio del destino.

Todo está decidido.

En este convite me pregunto

¿con qué verso iniciarán el banquete?

Tu cuerpo

es mi mayor ofrenda.

Sin embargo,

prefiero seguir leyéndote

y condenarme.

El AIRE LLENO DE PROMESAS

Él le habló de acantilados y grutas subterráneas.
Él le obsequió desde sus ojos
zafiros y topacios,
pasajes solitarios en playas aún vírgenes
con aguas tan azules como el deseo.
Y le habló de su amor con todos los tonos de turquesa.

Por su acaramelada voz de subsuelo
conoció las grutas de su cuerpo,
y las enredaderas
que conducían al cielo.
Era del trópico y todo lo ofrecía.
Además, eran jóvenes.
Las hipérboles no le hacían justicia a su pecho.
Enredada en el sol se creyó libre,
feliz, audaz, mujer.
En su cuerpo de playa él le ofreció los frutos más jugosos.
El peligro sabía a sal, a algas marinas
aún sin nombre.

¡OH, MAR!

¡Oh, mar!

espejo en que buceo,

plata bruñida en los dedos del viento,

nácar del olvido,

secreto de las caracolas,

alfabeto del deseo,

lengua infinita del amante

convertida en dientes, abrazos y carne.

¡Oh, mar!

herida abierta del exilio,

naufragio de la sed,

abrazo imposible del cielo,

viaje y espejismo.

Rozas e iluminas mi piel y

por un instante creo

que tu secreto permanece entre mis dedos.

¡Oh, mar!

caricia borrada de lo húmedo

inabarcable beso que se aleja,

lengua que desdibuja el paso de los años,

imperecedero deseo del poeta.

CARIBE ADENTRO

¿Qué sabía ella del Caribe?
Su mar la embriagó desde la primera letra,
su arena la cubrió desde la primera ola,
su bahía abrazó su cuerpo confundiéndolo
mientras su deseo dibujó ríos de intenso azul.
¿Qué sabía ella del Caribe?
Su piel recorrió un camino amoroso de estrellas.
Sus brazos flotaron en un lecho de hojas de tabaco.
Sus dedos se impregnaron de pulpa de guanábana.
Se dejó conducir al vaivén de las caricias
a los caminos innombrables de las grutas del mar.
Deletreó pausadamente las palabras de su deseo.
Saboreó cada destino y cada espera.
Inscribió su ser entre las olas,
su cuerpo viajo contracorriente.

AMAR A ORILLAS DEL MAR-

Se asomó a la ventana del trópico.
Bajó ávida y rauda al puerto prometido.
Se vistió de azul como las olas.
El andén la esperaba repleto de banderas
La sal del mar le cosió un vestido
a la medida de su anhelo.
Miró el paisaje, los rostros, el hambre.
Nada de su bagaje le servía.
Comenzó a caminar como un vaso vacío.
Un libro sin escribir era su carne.
En el aire flotaban las libélulas.
Todo comenzaba a ser, todo era nuevo:
el viento detenido entre las ramas,
el azul del latido de su cuerpo
ahora hecho coraje y luz.
Hundió los pies y se recostó
en la estela de tierra donde el mar se reúne con los árboles.
La tarde se detuvo en su cintura zigzagueante
mientras las olas
reflejaban un reloj sin nombre.

Un rayo de sol jugaba con las sombras.

La tarde no moría.

Eran jóvenes, tan jóvenes como un paisaje que se sueña

por primera vez.

Se amaron.

El paisaje siempre recibe a los que entregan

el mar que los contiene.

A VECES, EL MAR

A veces, el mar

es infinito,

y dibuja una estela de todo lo posible.

Es el momento en que los amantes

se entregan al naufragio,

y se sienten a salvo.

ÉXTASIS

No hay principio ni fin cuando te pruebo,
el dulce néctar de tu piel no acaba
vivo éxtasis en el que soy hallada
y perdida en la noche ¿a quién le debo?

Esta dicha sin fin hoy menoscaba
la capacidad de mi entendimiento.
A la deriva voy, sin asidero
a tratar de escribir, lo que no acaba.

En la tibieza blanda de la cama
me ofreces abundantes ambrosías
sobre tu piel que es luz y celosía.

Y el instante es eterno porque me amas,
y no puedo narrar lo que es la vida
al dejar de existir la noche, el día.

ÉXTASIS II

Delante de mí, tu cuerpo,

ofrenda de los dioses

para aplacar

toda la sed del mundo.

Como el vértigo derramas

sobre mí tu universo:

tu mar de brazos húmedos,

tu pelvis anclada como el sur.

Permaneces

abierto al instante

donde todo sucede:

las sombras, la claridad, la luz…

En cada poro el océano,

y esta voz que nos llama

desdibujando la arena de los cuerpos.

Al despertar,

aún late sobre mí

el vértigo sin nombre que te acerca,

la humedad como una sábana,

la certeza de haber sido:

agua, viaje, estrella, luz.

LAS NUEVE LUNAS

Una mujer se viste de soles
en nueve lunas.
La primera es una carta que no llega,
mensajero de blanco que convierte
los minutos en horas.
En la segunda espera,
ella alimenta el océano,
lo llena de pececitos de colores
mientras un arco iris de dedos, piernas y ojos
le abulta el vientre.
En la tercera luna
poco a poco,
conoce
que la paciencia es un ovillo en el cuerpo,
que hay relojes sabios y ancestrales,
que el tambor tiene su propio ritmo
desde antes.
En el cuarto mes
siente crecer el rumor de la ola
mientras antiguos miedos la buscan
para nombrar el agua.
En la quinta luna,

a lo largo de la espera, la mujer
le pone rostro y nombre y nariz
a su abultado cuerpo
que, desde ahora,
delineará la cartografía de su mundo.
En el sexto mes
inventa los sueños para otro,
pinta las paredes a su cuarto
y dibuja en una esquina
un sol que alumbrará perenemente.
En la séptima espera,
se imagina besándolo o besándola,
se siente planta y árbol,
raíz y tierra y llora,
sola, a veces.
Cuando entra la octava luna
se mira al espejo
y sabe que de su pecho destilarán
todos los jugos que alimentan.
Su cabello se convierte en enredadera para alcanzar el fruto.
Sus brazos y sus piernas se transforman
en los muros
que lo protegerán del frío.

Paulatinamente, en el noveno mes
su cuerpo se convierte
en abrazo del tiempo
en lluvia y luz y oscuridad,
en todo lo preciso.
De repente la boca
vuelve al grito.
De repente el silencio y la espera
deshacen el nudo
y se asoma
el grito primigenio
que le traduce el miedo.
De repente no es uno,
sino muchos
muchos miedos y ojos
y demasiada luz.

LOS HIJOS

De repente los hijos
se asomaron al vientre.
Hijos soñados desde todos los tiempos
acortando los días
y multiplicando con su olor
la ternura del pan.
Fueron la horma perfecta para cerrar la herida.
Ahora, que no había mares que circunnavegar,
se esmeró, igualmente, en crear
una estela de estrellas para el sueño,
un lugar profundo con olor a trigo y violetas
donde reconciliar la sed de su piel,
ahora convertida en silla, alcancía y pan.
Atravesada por ríos de leche
convertida en selva madre
inventaba el fuego para otros.
Mientras tanto, seguía latiendo
en su cuerpo
la geografía húmeda del deseo
a pesar de que en su rostro se apagaba
la promesa del comienzo del mundo.
Queda el paraíso alargado en sus brazos.

Queda la larga estela de promesas

donde el pan no se acaba

porque de ella destilan

harina y leche

levadura y agua

como árboles.

LA COCINA ES UN LUGAR

Sus manos aprendieron a hablar con los calderos.
Como una alfombra mágica
desde la cocina
dos columnas de humo d i f u m i n a b a n
el peso de su soledad.
Su boca encontró amparo
en la risa de las mujeres,
bocanada de bondad,
menú perfecto
donde olvidar la neblina
y el silencio perpetuo
que como una condena
entraba por la puerta
cada vez que él se iba.
Las palabras iban formando lentamente
una costra
sobre su piel.
Junto a las vecinas amasaba los días
y combinaba entre sus dedos
el sueño de la receta perfecta

para arreglar el mundo.
Por ellas, y por sus rostros de libro abierto,
se dejó envolver en la nube de olor
que parecía recomponerlo todo.
Se sumó al ejército de las ollas
y sobrevivió la batalla más dulce por probar.
Invadida de olores y sabores
descubrió el lugar más cercano al paraíso
después del cuerpo de sal
que había conocido y que,
ahora,
sentía ya perdido.
Celebraron un gran banquete
y bebieron los presagios.
Entre sus dedos
aún permanece
la alquimia del fuego.

NOCHE TRISTE

Se han ido las estrellas, amor.
Mis palabras que eran ríos desbordándose en tu piel
ahora son náufragas.
Tus labios que eran mi camino
ahora son
un aguacero insensible
en un paraje deshabitado.
Siento frío.
Todos los dioses mueren a la misma hora.
La historia entierra nuestros cuerpos para siempre.
Aún no sé qué queda de mí.
Esta tristeza es el espejo inequívoco de mi amor.

EL GRITO

En la quietud de esta hora,

otros bailan.

Ella inventa la inmovilidad absoluta

a pesar de su cuerpo,

a pesar de su juventud agazapada

como la luna nueva.

En la quietud de esta hora

ella no puede mirar firmemente el mar.

Sus manos tiemblan.

Sus dedos ahondan

las cuencas de su ojos

vacíos de sal

mientras busca un horizonte que la habite.

En la quietud de esta hora

no hay silencio posible para su pena

que la ahoga

hasta gritar.

ESTRELLAS EN TU CUERPO QUE DIBUJAN LA FUGA

Cuando las estrellas agonizan más allá de la muerte,

cuando el cuerpo se consume en lava,

cuando la escritura es simple ceniza,

cuando el viento grita y,

a pesar de la sordidez de los muros,

persiste el grito,

hay que imaginar las estrellas

para dibujar la fuga,

aunque sea la noche más larga.

DESDE ESE LUGAR

En la humedad de su cuerpo
ella trató de descifrar
alguna huella no borrada
de un sol impenitente.
Aún recordaba, pese a sí misma,
que un día había sido feliz allí,
buscando las palabras precisas
para describir el paraíso.
Ahora, solo le quedaba descifrar
el espejo mudo del mar
que parecía muerto.

ANTES DEL NAUFRAGIO

Antes del naufragio

ella soñaba

con un viaje tan largo como sus piernas.

Antes del naufragio

no existía

la duda ni el miedo ni el derrumbe.

Antes del naufragio

jamás imaginó

que el camino

para llegar a Ítaca fuera tan largo.

Después del naufragio

comprendió

que el paraíso derribado por las olas

era una ficción.

Por ello,

después de sobrevivir

el diluvio de la pena,

solo anheló

no olvidar las recetas de cocina

que los rostros de bondad

le habían descubierto junto al fuego.

Es así cómo, al embarcar

y emprender el camino de regreso,

pudo salir ilesa.

DE SU AMOR POR EL FUEGO

Quizás, su amor por el fuego
comenzó a sus veinte años
durante las noches en que,
prendía un cigarrillo
y su boca
se convertía en un faro,
o en una constelación atrapada
en medio de la profunda oscuridad .
Aquellos días,
imaginaba la conjura del fuego,
el reclamo de un beso que la prolongara
más allá de la luz que convoca a los cuerpos
y los transforma
en polvo de estrellas
o simplemente en el humo
de un cigarrillo
d i s p e r s á n d o s e .

SER LA PROPIA ORILLA

Mi madre amó con pasión a mi padre,
vivió la luz naciendo de sus cuerpos,
jamás pensó que habría contratiempos
abrazó el mar, convirtiéndose en madre.

Disuelta la mirada del espejo
prosiguió adelante con su vida,
nunca se vislumbro ser abatida,
recordó su ciudad ante un bosquejo.

Fluyó con liviandad día tras día,
buscó siempre en cada afán el remedio
y, alguna que otra vez, su amor ardía.

Se fundió en la tierra y el mar que brilla.
Forjó su fortaleza en los asedios
y conquistó ser hoy su propia orilla.

NOCHE DE TANGOS Y BOLEROS

Las gardenias se marchitaron en el trópico.
El círculo se secó alrededor de su cintura.
Su cuerpo era macizo aún y reluciente
y una luna quebrada la condujo hasta el alba.
En la madrugada la acompañó Gardel.
Juntos escarbaron la tierra para enterrar la pena
y unieron sus voces hechas sombra
para acompasar los pasos en el camino de regreso.
Por sus labios desfilaron tangos y boleros.
La noche en su tristeza le ofreció la despedida más poética,
la promesa de que su amor permanecería incólume
ante las pruebas de la vida.
Dueña de las horas, cantó.
Las estrellas fueron testigos del último acorde de la música.
Su mirada se detuvo a contemplar la belleza.
Amaba esta ciudad tanto como había amado al hombre
de quien se despedía.
Su amor permanecería resguardado del tiempo y de la lluvia.
Al partir, su hijo de cuatro años entonó su tristeza.
Los adoquines prometieron esperar su regreso,
aunque en la tierra se marchitaran las gardenias.

LIBERACIÓN

A pesar del insomnio y del miedo
pasaré a través de la cuerda floja
al otro lado de la vida.
Destilaré la rabia a través del bolero.
Me llenaré de sopor
y te disolveré en la niebla.
La lluvia hoy es densa y llena de presagios:
anuncia tu muerte.
Solo eso le pido ahora a los dioses,
que me concedan la llama del olvido
porque tu amor no se cumplió como la promesa
que habían anunciado.
Están arrepentidos
y saben que me deben una.

INSOMNIO

Es la memoria rota de los sueños
que se asoma cada noche ante mi alma,
no tiene prisa ni tampoco calma
pero rompe las horas con empeño.

Es agujero negro y es barreño
de oscura y grave sed que desempalma,
observa lo vivido y lo desarma,
hoya desde lo grande a lo pequeño.

Es mi conciencia y el fin de mis huidas.
No pretendo yo ser más fugitiva
tampoco estar estática y cautiva.

En horas oscuras y conflictivas
no hay que rendirse ni lamentar la ida.
Es hora de jugar otra partida.

EL FIN DE LA BATALLA

Ninguna batalla está perdida.

Se sobrevive,

con otra arquitectura

y otros sueños.

No hay una sola guerra

sino muchas,

y una sola paz.

REGRESO A LA CIUDAD NATAL

Su cuerpo se convirtió en estaño.
Su mirada apaciguó su última ascua.
Entonces recordó el viento de su Cádiz natal
y la hebra de plata que,
desde su ventana
la unía como un vestido al mar.
Su piel brilló en la noche como una intuición.
Se abrigó con los recuerdos
cosidos en los resquicios de su piel.
Descalza como el mar
regresó a los orígenes.
La caleta la esperaba
con su abrazo de media luna.
La arena reconoció a la niña de risa desatada
 que persiguió el horizonte
más allá de la espuma del viento.
El recuerdo estaba intacto
como las nubes que describen un anhelo.
Al volver, retomó su intermitente diálogo
con el mar.
Ella lo había honrado desde su cuerpo.
No en vano llamó así a una de sus hijas.

Las olas amanecidas la habían esperado
y le ofrecieron su remanso de sábanas,
acogiéndola.

ELLA AL MEDIODÍA

La luz del mediodía
llegaba siempre cargada de naranjas,
de azahar y bienvenidas.
Y en cada abrazo
ella destilaba y brindaba
ropa recién lavada,
y una frisa para abrigarse
los pies, el camino y hasta el alma.

DESPERTAR

Algo de tu surco y de tu voz aún enreda el aire.
Una marejada de relojes despereza mi cuerpo.
La ciudad no es un libro cerrado,
extiende su mano y dibuja imperturbable
el mapa de la vida.

Estoy aquí,
inventariando la tela en que mi piel
cumple su rito.
El olvido será el brebaje que nutrirá mi cuerpo.
Tu cabello ya no será el hilo que enlace mis días.
Tu cuerpo ya no será el lienzo en el que acomode mis sueños.

He comenzado el viaje.
Soñaré con las grutas a las que renuncié por amarte.
En medio de las horas y del tedio,
sé que un rumor de agua aún escribe mi nombre
y lo escucho.

REGRESO

En el horizonte contemplé el filo de la vida.

Regresé con los hijos al hombro,

con sus risas como pilares para mi cuerpo.

La tristeza, gracias a ellos,

fue casi dulce

como un café a destiempo.

Me acompañó también

la sutil certeza del olvido

vencida primavera

de las estaciones que duermen en los labios.

Respiré nuevamente gotas de lluvia con olor a azahar.

Recuperé la red

en la que alguno de mis sueños se detuvo

y, en el horizonte baile

la escenografía necesaria

para apaciguar las urgencias de la vida

y sus carencias.

Tejí una alfombra mágica

con el rastro de sal que sobrevivió a la noche.

Me vacié del peso de los compromisos sin cumplir

y desplegué

dos alas transparentes como el sueño

hermosas como la humana nostalgia del regreso.

Aprendí

que no debe pesarnos lo que ya no existe,

la lánguida y sublime despedida

de una luna perfecta

en medio el paisaje

que alguna vez se amó.

MADRE

Amaneció para ti oscuro un día entre boleros,

bebiste el brebaje del coraje,

combatiste e inventaste las dádivas

durmiendo la rabia y extinguiéndola.

Extenuada limpiaste tus heridas y la fatiga

ferozmente arrancaste de tu cuerpo que gemía.

Gruta eres de sal y sobrevives el témpano de hielo.

Hilvanas y reconstruyes las imágenes

imantando de savia nuestra juventud.

Juraste vencer las distancias, acortar Kilómetros.

Kantianamente nos explicaste las ausencias y tú, mientras tanto luz,

lucías perfecta ante tus hijos convocados a la mesa.

Madre, metáfora del este y del oeste, sur y norte

nodriza de las estrellas nacientes que solicitan su ñapa,

ñocha que aún octagenaria

obstinadamente construye la barrera contra todo pesimismo.

Piedra y fortaleza, realidad de lo querido

quietud al amparo de la risa,

río de vida que silba,

sabor tenaz de la ternura.

Terrible es el destino nos dices mientras urdes

unánimemente la esperanza a nuestra vida.

Velas la llama del amor como heroína wagneriana,

windsurferista convertida en xilema.

Xilografías nuestras almas, y en nuestros cuerpos son tus yemas

yacimientos de piel que nunca zozobran.

PERSISTENCIA DE LA MÚSICA

Los boleros nunca han tenido la culpa
de que el amor no triunfe aunque lo canten.
Cantan a lo fugaz eternizándolo,
cantan al recuerdo del amor
que jamás se aceptará como perdido.
Cantan a la imposibilidad
de volver a acariciar
a un cuerpo que ha partido
capricho del destino o cobardía
de un amor que se recrea en la tristeza
del imposible olvido.
Las notas melancólicas sobreviven
en las farolas de las plazas
que alguna vez fueron testigo
del instante fugaz
en que un cuerpo bailó junto a otro
como si fueran uno.
El reloj, cómplice y enemigo de los amantes,
marca ineludiblemente la hora de la partida.
La música sin embargo, sobrevive
porque en la tristeza encuentra inspiración
o el verdadero motivo de su vida.

LA ADOLESCENCIA ANTE LA MÚSICA

Llegó la adolescencia de los hijos.
Sus cuerpos impregnaron el aire,
las paredes de la casa se ensancharon,
una guitarra ensayó sus acordes de guerra
mientras enredaba en el aire con sus notas rebeldes
la voz acaramelada de Eddie Gorme con los Panchos.
Todo era posible en esos días.
Las puertas se abrieron de par en par a la rabia de Silvio
lo cual no nos ganó el favor de los vecinos.
La nova trova sacudió el polvo de los muebles
escandalizando a la abuela y provocando
que fluyeran de su boca enormes palabrotas.
El vocabulario enfrentaba una gran prueba
pues hasta ella se había alejado de los cánones**.**
Sí, la nova trova cayó encima de la mesa
como un espejo que rompe
la resguardada paz inexistente.
Sacudió las bisagras y las consignas
se quedaron pegadas en todas las paredes.
Era el tiempo de la revolución de los hijos
imponiendo su música.

Después de cada bolero
se hacía eminente
la protesta unánime de los jóvenes
para quienes cantar al amor que se ha perdido
era un gesto burgués extravagante
donde se derrochaba el tiempo y la energía.
Había que luchar por el amor que salva
el que se vive espontáneamente en medio de una plaza.
Así de fácil resultaba la fe en la justicia.
En medio de la cena
reinaba la concordia.
Por un instante, los cuerpos confluían
en una transitoria tregua musical
a favor de apetitos mayores
que exigían toda la atención
de pequeños y grandes.
Joan Manuel Serrat y Plácido Domingo
eran los únicos invitados
que podían coexistir armónicamente
en nuestra mesa.
El tiempo se convirtió en desafío
cuando entró Paco Ibáñez a la casa
para recordar con elocuencia

que uno tiene derecho a tener su propia fe

aunque a nadie le agrade.

Por su parte la abuela,

toda cargada de siglos

que había vivido únicamente para la ópera

entraba de costumbre protestando

entonando su aria más perfecta

antes que la habitará el silencio

pues, a pesar de lo que ella misma confesara,

recordaba que el amor

alguna vez había brillado en su tez

aunque en los surcos de su piel

no pudiera leerse esta memoria.

La música dibujaba

las estrellas necesarias

para seguir viviendo.

ANTIGUA LUZ

Hay una memoria

que me reconstruye

cada vez

que voy al mar.

Despierto

entre un rumor de algas

que me recuerdan tu abrazo,

y me envuelve

en la blanda tibieza

que la sangre reconoce

e insiste en permanecer.

Y sigo viva.

LA VEJEZ

Su vida pausada en las madrugadas
anclada en el ayer por un instante
sabe que la vida es hacia delante
y que allí encontrará la paz ansiada.

Su cuerpo ayer era flor y hoy encalla
en un reloj no siempre vinculante.
El tiempo tantas veces abrumante
se torna indiferente a lo que calla.

Revive entre recuerdos anhelante
de ser un mar de estrellas trastocadas
y se imagina en grutas y moradas.

A todos nos resulta alucinante
que sueñe con la piel enamorada
por quien perdió ayer su única batalla.

LLEGAR A ITHACA

Así es tu amor.

Imperecedero como el murmullo del mar.

Entre tus manos

el agua deletrea la ternura.

Naufragaste.

Inventaste los pájaros necesarios

para llegar a Ítaca

Más allá del último el viaje,

todo recuerdo permanecerá.

VIGILIA

Cuando hay tormenta

permanezco vigilando los océanos.

No se olvida al amante en una luna.

Alguna vez las olas

me amaron enredándome

en su gruta de sal.

Hoy soplo con la furia del viento

los restos del naufragio

y alzo los brazos para desviar

los fantasmas de la ira de los dioses.

No todo fue tristeza en esta travesía.

Hoy, todo se convierte en viento y se aleja.

La belleza del mar sobrevive.

En las noches despliego las sábanas de la memoria,

página de la oscuridad que aún me habita.

No obstante, cuando mis hijos duermen

mi cuerpo es fortaleza.

La vida sigue.